

Leopoldo Panero.

Una reconstrucción*

La vida es una sombra que se ejerce

L. P.

Siempre que un ser humano lea tus versos
sentirá dilatarse en el alma
unos altos andamios, una serena fluidez: su corazón
se llenará de amor, rezumará ternura
(mientras tenga un sentido la lengua castellana)

Dámaso Alonso

¿Qué tierra es esta nuestra donde un poeta excepcional como Leopoldo Panero ha desaparecido de la memoria no ya de las gentes, sino de la de los propios poetas?

Es la suya, con la de Blas de Otero, tan diferente a él, la voz más pura y luminosa de toda la poesía que se escribió en España en aquella larga posguerra, dilatada y sombría.

Se ha dicho y se dice que un escritor ha de cruzar, traspuesto el portalón de la muerte, un vasto purgatorio, y pisar los abrojos de un olvido atroz, y languidecer para siempre en la región del claroscuro. A uno le gustaría pensar que de tal transitoria cuarentena el poeta va a salir ahora enaltecido y glorioso.

Panero es uno de los grandes, uno de los más hondos poetas nuestros; no es la rareza del maniático, no es el capricho del filólogo, no es la combinación del crítico inversionista. Hablamos de poesía, pero ¿hacia dónde irá Panero tras de su abrasivo destierro, allá en la estratosfera?

España ya no es ningún paraíso para la poesía. No hay rincón hoy en el mundo que lo sea. Le espera a Panero, si acaso, la consideración de un puñado de lectores que buscarán en sus poemas las dos cosas que siempre se persiguen en la poesía: la emoción del instante («no te detengas», suplicaba Goethe a la belleza fugaz) y la serenidad frente a la muerte. O

* *Prólogo al libro de Leopoldo Panero* Por donde van las águilas y otros poemas, de próxima aparición en la colección La Veleta, de Granada.

sea: lo que va de la nada al infinito. Luz y sombra en una época en verdad más que de claroscuros, de medias tintas.

Todo en la vida de Panero parece marcado por la mala suerte. Su hermano mayor Juan, poeta como él y al que Leopoldo adoraba, se malogró en un accidente en 1937. El golpe para toda la familia, y para Leopoldo en particular, fue muy grande. Con este hermano, al que publicó Altolaguirre su primer libro de versos en la colección *Héroe* el año 36, Leopoldo estaba muy unido; con él empezó haciendo revistillas en Astorga y con él parecía llevar un proyecto literario común.

Esa muerte ocurrió, como decimos, en plena guerra. Pocos meses antes sobrevino el encarcelamiento del propio Leopoldo, y el temor a que fuese fusilado en la cheka falangista de San Marcos de León no fue lo más anecdótico de aquellos amargos días. Cuando logró zafarse de la cárcel y del tiro en la nuca, se alistó en el ejército, pero quiso la mala suerte que tras la guerra las circunstancias de la vida le echaran encima la triste rémora de que se le considerase el «poeta oficial del franquismo»; es verdad que a eso contribuyó él mismo, colaborando, dirigiendo y participando en cuanto acto, organismo, bienal o embajada cultural se terció en esos veinte años, pero a estas alturas la mayor parte de sus severos jueces no tienen en cuenta que casi siempre llegó a esos empleos por la pura necesidad de ganarse un sueldo.

Su matrimonio tampoco fue feliz, según muchos testimonios. Pese a ello, alguno de los más hermosos poemas de amor los escribió en esos años, a su mujer precisamente.

Luego, su muerte. Fue tan inesperada como repentina. Era aún un hombre fuerte y joven.

Pero ni siquiera la muerte le libró de su mala fortuna, porque dejaba tras de sí una familia desquiciada por el rencor, la impotencia y un patético afán de exhibir las úlceras más íntimas. Por otro lado, el hecho de que los dos hijos mayores le salieran literatos de reconocidos cuanto desiguales méritos, y en cualquier caso nunca superiores a los del padre, vino a complicar las cosas. Ni siquiera la mujer del poeta, desdichada y amarga, se privó de publicar sus memorias, de un yoísmo triste y dilatado; al tiempo, y al frente de sus tres hijos inmolaba a su marido ya muerto en todas las pantallas de cine en una de las exhibiciones más patéticas y cínicas que recuerda la historia del espectáculo.

No conocemos las íntimas, secretas y oscuras galerías de aquellas vidas atribuladas, infelices, vorazmente invadidas por el resentimiento y la desesperación. Tal vez ni la verdad exista, pues ni siquiera los testigos supervivientes de aquel drama se ponen de acuerdo cuando hablan de ello. Cuando recuerdan. Cuando fabulan. Cuando interpretan y valoran.

Han pasado treinta y dos años de la muerte de Leopoldo Panero. Su poesía ha pagado con creces los errores en los que pudo haber incurrido su vida. Sólo eso cuenta. Mientras tenga un sentido la lengua castellana se leerán sus versos y el alma de las gentes se estremecerá ante su verdad, su ternura, su leal sentimiento de las cosas, y sí, incluso ante una vida que sólo la poesía ha podido franquear.

Aquel mundo de la casa de Astorga, de Castrillo de las Piedras, del campo y el paisaje intacto, pervivirá durante siglos sobre toda infamia y reproche, celebrando del hombre sus más altos sentimientos, sus anhelos más nobles de eternidad y belleza.



Hay un librito de Ricardo Gullón sobre los primeros años de la vida de Leopoldo Panero.

Es un libro honesto, sencillo, repleto de recuerdos de infancia y juventud. Gullón era primo segundo de Panero.

Gullón y Panero pasaron de niños muchos años juntos en Astorga y luego, durante la carrera, en Madrid, y por tanto el primero tiene noticias exactas de aquellos años lejanos, de las que da cuenta con un sentimiento de emoción y generosidad que se agradece.

Los Panero eran una familia acomodada. Una de las mejores casas del pueblo era la suya. Aún, si no se ha dado al traste, seguirá en pie. Era una casa muy hermosa: con su galería de madera y cristales, su mirador, su jardincillo delantero, la negra hiedra eterna, su fuente inagotable con la eterna canción de un gluglú simbolista, su patio, su tristeza, sus anchos ventanales para meter dentro las sombras de esa calle umbría... De vez en cuando suena allí mismo, en la misma calle, tras de negros muros, la esquila de un convento, y al rato las campanas imponentes de la catedral, cuyas torres se ven desde la cancela del jardín, tunden los cielos y hacen temblar los cristales de la casa, las hojas más débiles caen sobre la hierba y unos cuantos vencejos salen despavoridos pegando gritos: nadie se acosumbra a una llamada...

Es la casa en la que a alguien como Francis Jammes le habría gustado vivir. Tiene incluso una historia que al poeta francés le hubiera enternecido: la reformó un indiano rico, a su vuelta de América, mediado el siglo del romanticismo. Es, sí, la casa que Rilke le envidiaba a Jammes. La casa del poeta por excelencia, la casa donde el poeta recibe a sus amigos poetas, venidos de muy lejos, porque Astorga, como Orthez, siempre quedará a trasmano...

Los Panero eran ricos, ricos de pueblo si se quiere, pero en Astorga y comarca no se ha conocido jamás otra clase de potentados.

El padre de Panero, de nombre Moisés, fue el tercero de dieciséis hermanos. Quizá por esa razón se casara con una hija única, Máxima Torbado. Los padres de ésta, abuelos de Leopoldo, se llamaban Quirino y Odila. ¡Qué admirables nombres! De nuevo nos acordamos de Jammes, para el que un nombre era una linterna en medio de la memoria remota de los linajes. En León, en Astorga, en Val de San Lorenzo, en Castrillo de los Polvazares, en La Bañeza, lo mismo que en tantos pueblos de Salamanca, de Palencia, de Zamora, la gente seguía llamando hasta hace no mucho a sus vástagos con nombres que heredaron de las legiones de Roma, y por la vida de Leopoldo cruzará un Evencio (ciego), un Quintín, una Eulogia, una Herminia, un don Melitón Amores (beneficiado y mayordomo del Obispo Senso), una Balbina, un Victoriano, una Anuncia de la que Leopoldo se enamoró...

Moisés y Máxima tuvieron seis hijos, cuatro mujeres y dos varones. Leopoldo nació el 17 de octubre de 1909, en Astorga.

Los abuelos maternos de Panero vivían en el campo, en una finca próxima a Astorga llamada El Monte, en Castrillo de las Piedras, mientras que el padre atendía la rama industrial del progreso dirigiendo la única fábrica de harinas de Astorga, *La Maragata*, de la que era copropietario con dos socios, y que fue con los años fuente inagotable de pleitos y disgustos familiares.

Según Gullón, las primeras puertas de la literatura se le franquearon a Panero en la casa del abuelo Quintín, que tenía una biblioteca pasable, con libros de entretenimiento, Scott, Hugo, Montepin, Dickens... El abuelo materno, Quirino, fue sin duda lo más pintoresco de toda aquella familia: cuando no estaba cazando en Castrillo, se le podía encontrar jugando a la ruleta en San Sebastián o Montecarlo. Esa es la razón por la cual Máxima, la madre de Leopoldo, nació en Suiza, en uno de aquellos viajes que emprendía el abuelo Quirino para pulverizar su fortuna.

Máxima, como hija única, heredó aquella finca, las encinas, las casas de labranza. Hay una foto en la que se ve ese cortijo, la casa principal, la de los colonos, los arbolitos de la entrada, el camino polvoriento, un palomar como los que se levantan en esa tierra, redondos y almenados, como un instrumento musical que diera resonancia a los zureos... Esa fue la casa donde el poeta iba a pasar la mayor parte de sus veranos, la casa donde compuso un gran número de sus poemas y la casa donde murió...

Los padres de Panero debieron comprender que aquel pueblo no era adecuado para la educación de los hijos (a las hijas las suponemos destinadas a tocar en el fúnebre piano, algo desafinado, risueñas sonatinas y romanzas del maestro Vives, cuando no a desfallecer detrás de los ventanales de la casa, oyendo de lejos el pitido de los trenes —la casa está de espaldas a la estación de ferrocarril—, alumnas precoces de la escuela de la neurastenia), y los mandaron a un internado de San Sebastián.